

Vacaciones en Capodistria

Traducción de Guillermo Fernández

Mar y campiña, campos que mezclan su verde al azul del mar; ensenadas turquíes, que penetran en el verdor de la campiña: esta es Istria. Barcas que transportan frescas legumbres y frutas jugosas junto a barcas que transportan cajas rebosantes de peces plateados: esta es Istria. Y nosotros, siendo aún niños, entramos justamente en contacto con esta Istria en nuestras primeras vacaciones capodistrenses. Para nosotros fueron algo más que unas saludables vacaciones, fue el conocimiento directo de esa tierra que proveía a la ciudad de los alimentos más naturales: la fruta y el vino, el aceite y el pescado. Fue hasta entonces que pudimos ver con nuestros propios ojos y tocar con nuestras manos los árboles que producían las ciruelas moradas, los albaricoques, los duraznos, las diversas clases de higos que aparecían en nuestros mercados y algunas veces llegaban hasta nuestra mesa; fue hasta entonces que conocimos el milagro de la uva que va madurando día tras día, entre los pámpanos; fue entonces que pudimos inclinarnos curiosos sobre el mundo y la vida de los peces.

La campiña Sabbadin donde mamá nos dejó vivir en completa libertad durante todo aquel verano, era una campiña muy fértil y espaciosa, con viñedos y árboles frutales, sobre todo higueros y melocotones. Para todos los niños, aquello fue un inmenso reino por explorar, que nos reservaba infinitas sorpresas. El hacendado nos llamó esa misma mañana y, reuniéndonos en torno suyo, nos advirtió: “¿Ven este bastón? Si llego a verlos cortando fruta o rompiendo alguna rama... ¿Ven este bastón? Nada más eso les digo. Y ahora ¡corran cuanto quieran por los campos!”

En la ciudad nos habían dicho que eran terribles los campesinos istrianos: que eran malos, terribles; que eran capaces de matar a quien les robaba un higo o un racimo de uvas. Los primeros días veíamos al señor Sabbadin con un temor mal disimulado. Su cara, quemada y curtida por el sol, con arrugas que parecían grietas, con sus ojillos hundidos y azules, inexpresivos, y el aretillo que le colgaba de una oreja, nos inspiraba un respeto rayano en el terror. Y nos daban escalofríos tan sólo de pensar que aquel bastón podía caer sobre nuestras espaldas. Pero luego nos dimos cuenta de que el señor Sabbadin era un alma de Dios y que todo lo que nos habían dicho de él eran puros cuentos. Nos quería mucho y pronto le tuvimos tal confianza, que nos poníamos a correr entre sus piernas cuando trabajaba con el azadón. A menudo lo convencíamos de que nos llevara con él en la carreta tirada por un burrito, y hasta llegamos a echarle en la cabeza algunos duraznos que caían de las ramas. Nos regañaba, nos perseguía, pero sabíamos que se divertía con nosotros, y nos aprovechábamos. ¡Cuántos hartazgos de frutas tomadas de las mismas ramas! Conocimos entonces el sabor del fruto que del árbol vivo pasa directamente al paladar. Melocotones que nos inundaban de jugo la boca, ciruelas que nos blanqueaban la cara... y los higos tempraneros, verdecitos, marrones, ¡y los que tenían una gota de miel! Los comíamos hasta saciarnos, sentados en las ramas. Los frutos entraban por todas partes, en los lugares menos imaginados: una gruesa rama cargada de las más hermosas ciruelas pendía, incitante, sobre nuestra cabeza, techando la primitiva caseta que, en el campo, sirve para las necesidades naturales. Y cuando la uva comenzó a madurar, a todas horas estábamos bajo las parras; combinábamos nuestros juegos

con la golosidad. Pero después de los frutos refinados, cruzábamos el cancel y nos dirigíamos al camino, bordeado de antiguas moreras, y bajo aquellos árboles retorcidos hacíamos nuestro campamento, atiborrando nuestro estómago de moras blancas y rojas.

Pero quizá lo más maravilloso de aquel verano fue para nosotros la pesca. Papá iba a vernos todos los sábados. Había alquilado una barquita de fondo plano y a remos, tan comunes en Istria. Y los domingos por la mañana, muy temprano —tan grande era nuestro anhelo de ver la primera luz del día, que esa noche nuestro sueño era más bien inquieto—, cuando aún no aparecía el sol y soplaba aún el vientecillo húmedo del campo, armados de baldes, cedazos, anzuelos y el frasco de los gusanos, subíamos al carrito del señor Sabbadin y partíamos a toda carrera rumbo al mar y al puerto de Capodistria. Bajábamos del carrito y de inmediato ocupábamos nuestro lugar en la barquita. Papá, alto y vigoroso, bogaba, mientras nosotros debíamos estarnos quietecitos en nuestros banquillos de popa y de proa, para no desbalancear aquel cascarón. Llegábamos a un lugar no muy distante de la orilla, donde las algas eran altas y hermosas. Las veíamos en el fondo, como un prado verdeoscuro, plácidamente sumergido en aguas muy tiernas. Allí lanzábamos nuestros anzuelos emplomados, y prorrupíamos en gritos de alegría al sentir que un pez había picado, y tirábamos del cordel, tenso y cargado de un pez vivo. A papá le faltaban manos para desprender de los anzuelos tantos peces amarillos, para poner otra carnada e impedir que nosotros, alborotados, los enredáramos.

Cuando no íbamos en el carrito, regresábamos a los campos del señor Sabbadin, a pie, después de media hora de camino y bajo un sol tremendo. Pero eran regresos triunfales. Al llegar al cancel, gritábamos: “¡Vengan a ver, vengan a ver!” Poníamos nuestra pesca ante los ojos de todos, con orgullo y conmoción, como si fuera un tesoro. ¡Y sólo se trataba de una docena o poco más de modestísimos peces de algas! Pero justamente en estas pobres y sencillas cosas aprendimos a amar todavía más nuestra Istria. ◇

